
Juan Fernando Sellés, *¿Qué es filosofía?*

Ediciones Internacionales Universitarias, Madrid, 2011.

Existe una cuestión que diferencia a la filosofía del resto de campos del saber, y es aquella que se refiere a su propia naturaleza. De ahí el título de esta obra del profesor Juan Fernando Sellés. A esta cuestión responde el autor en un lenguaje directo y accesible para que, los no iniciados en la *prima scientia*, podamos obtener respuestas claras y convincentes a este interrogante. El profesor Sellés estructura su libro en doce capítulos, cada uno de los cuales comienza con una pregunta muy concreta, abarcando así gran parte de lo que se entiende por filosofía (antropología, ética, metafísica, epistemología, estética...).

La filosofía, por ser amor a la sabiduría, busca aquellas verdades que, al ser obvias, son permanentes, estables. Sin embargo, las tesis culturalistas postmodernas afirman que toda verdad es relativa. Esto puede ser cierto si aceptamos que las verdades culturales son *verosímiles*, es decir, referidas a realidades contingentes que caen bajo nuestro poder, es decir, las construidas por el ser humano. En cambio, las verdades filosóficas sin vuelta de hoja son descubiertas, captadas, no producidas por manos humanas. Por tanto, aunque puede hablarse de una relatividad de lo cultural mejor que de un relativismo cultural, no es pertinente sostener que toda verdad es relativa, sencillamente porque este postulado es contradictorio.

Con todo, la filosofía no puede conformarse con descubrir las verdades más importantes. Así como en el mundo médico no se consigue erradicar la enfermedad con desarrollar un nuevo fármaco a la que éste va destinado, sino que hay que aplicarlo, la filosofía debe corregir aquellas falsas e incorrectas interpretaciones de la realidad que han ido surgiendo a lo largo de la historia, haciendo enfermar el entendimiento y, sobre todo, buscar una verdad, cuyo paulatino descubrimiento ha de cuestionar continuamente tales verdades culturales. Tal verdad es la distintiva de la persona, la que caracteriza a su intimidad y la que habla de su apertura a la trascendencia. Se trata de desvelar las características radicales del ser humano. Se habla de *persona*, y no de *hombre*, porque hombre tan sólo designa a la naturaleza humana común de que disponen todas las personas humanas. Pero la persona es única, irrepetible, y jerárquicamente superior a lo común de los hombres. Este descubrimiento permite introducir el concepto de espiritualidad. La persona es espíritu precisamente,

y sólo por ello, por ser íntima y por estar abierta a la trascendencia. Como se puede apreciar, este planteamiento es netamente poliano.

Esta verdad buscada *en y desde* la persona es la más alta, pues se refiere a la realidad superior y más bella, la personal. Además, si esa realidad personal es elevada por Dios, nos reconocemos como hijos suyos y hermanos de todas las personas que coexisten con nosotros. Las personas coexistentes buscan, pues, una verdad radical, la propia, que está constitutivamente abierta a la trascendencia. Su transmisión –con ayuda de la elevación– se podrá conseguir mediante una educación filial, en la que el educado se abra, íntima y libremente, al educador, quien vaya ejerciendo, en un trato íntimo y desde su amor personal, ese método de descubrimiento.

El descubrimiento de la verdad personal, por tanto, supondrá también la participación en el bien, más aún, en el amor personal. El peor mal no es el que se abalanza sobre nosotros inesperadamente, sino aquel al que, libremente, le dejamos penetrar en nuestra intimidad. El mal no radica en las acciones, sino en el mismo *ser*; puesto que el ser es condición necesaria del hacer; el obrar humano es defectuoso solamente si antes se ha producido una pérdida en el *ser*. Por tanto, el peor mal consiste en no ser quien se es y se está llamado a ser, es decir, renunciar al sentido personal, a esa verdad novedosa e irrepetible que caracteriza a cada quién.

La precedente renuncia produce infelicidad. Ahora bien, la felicidad absoluta consiste en la realización plena de la persona llamada a ser. Ésta es la razón de nuestra vida y, por este motivo, sólo se consume después de la presente situación. Así, a la felicidad plena se tiende según esperanza, la cual es respaldada por la fe en llegar a ser estamos llamados a ser. Ser feliz consiste, en definitiva, en destinar el ser personal a quien nos puede manifestar por completo el sentido personal propio: Dios. La búsqueda humana de ese sentido coincide con la religión personal, libre e íntima, que es natural a cada quien. La respuesta divina a esa búsqueda coincide con la elevación sobrenatural.

Pablo Bernardo Sánchez Gómez
pablog_93@hotmail.com